

CANTO VI

Maldita luz la que nos hace sólidos y nítidos
porque es como un estigma que viaja en el recuerdo.

Desde la soledad a la esperanza
surca el tiempo con las alas de un súcubo.

Todo ángel es terrible.

Ofrece transgresión y paraíso, es promesa y nostalgia,
símbolo del olvido a pecho descubierto,
fervor que no vacila ante el hermoso
y desnudo animal que nos entrega
el peligro que abunda en su belleza.

Maldita sí, maldita, porque esa luz, cimiento de la duda,
se mofa de esta vida que baila alrededor como si nada
se pudiera poner bajo sospecha.

Toda tu gravedad succiona esa materia
que aún me reconoce como suya,

y sin embargo...

nunca he sido tan hombre como ahora,
siervo de tu ternura, devoto de tu especie,
no hay modo de eludirte, todo es inevitable y anaerobio,
morir en ti es una algarabía, respirar tu veneno,
dar voz a los instantes que torturan
este silencio que a los dos confunde.

La obsesión de tu aire es la que ahoga.

No hay piedad,

es todo tan real que ya no queda sitio para el símbolo.

Ese olor que dejaste en riguroso préstamo

se clava entre los riscos del recuerdo

igual que las pezuñas de los íbices buscan sobre el abismo

una mínima piedra en la que asirse.

Tu ofrecimiento resulta insoportable.

¿Con qué derecho hiere tu esplendor en la hierba?

¿Con qué derecho tú?

Toda la extravagancia de tu vigilia aúlla, suplicio inconfesable, devastador prestigio de apariencias mutadas.

Nunca soy menos hombre que ahora mismo
en las garras de tu melancolía,
esa insaciable y cruel desproporción
entre lo que se anhela y su recuerdo.

El amor que se otorga mientras se finge el sueño
no es amor, es limosna.

Pero Girondo insiste diciéndome al oído:

*–No hay ternura comparable
a la de acariciar algo que duerme,
mientras Chantal le cuenta al otro oído:
–Es cobardía amar a un ser dormido.*

Maldita luz la que nos hace cautos e indecisos.
Siempre es mejor amar a un cuerpo muerto,
pues suponiendo incluso que el ángel *me ciñera
contra su corazón, la fuerza de su ser me borraría.*
Sabemos desde Rilke que lo hermoso
es heraldo que anuncia lo terrible.

Nunca soy menos hombre que ahora mismo.
Ya no tengo que andar sobre verdades.

La carne se ejercita en hacer que germinen
sus cosechas de óxido y una música abona
los campos del destierro.

Tanta debilidad en la belleza...

Alejandro Céspedes, del libro "La infección de lo humano" (Huerga y Fierro-Rayos Azules, Madrid, 2021)